Una botella a mano

RELATO GANADOR PREMIO DE RELATO CORTO "FERNÁNDEZ LEMA" 2024

Antonio Tocornal

Mire, seré franca: puede dejar de leer este relato cuando quiera y colocarlo directamente en el montón de los descartados. En realidad, yo solo estoy aquí para pasar el rato.

Verá: cuando yo escucho en la radio que el salmón contiene gran cantidad de mercurio y de otros metales pesados, y que eso es nocivo para la salud, al día siguiente voy al Mercadona y compro salmón para la cena.

Leo en una revista para señoras sobre la importancia de hacerse revisiones ginecológicas, autoexploración de senos y mamografías anuales, y me regodeo calculando los años que han pasado desde que me hice la última.

Veo en el telediario que para proteger el hígado es necesario limitar el consumo de alcohol a tres copas de vino a la semana, y me levanto y me sirvo cinco chupitos de *whisky*; uno detrás del otro, y me los bebo en cinco tragos rápidos. Y si no me tomo el sexto es porque se me acaba la botella; me traiciona la hija de puta y se acaba.

Y eso es porque yo no soy de las que tienen el valor de echarse a volar desde lo alto de un puente o desde un sexto piso; ni de comenzar a nadar hacia el horizonte hasta agotar sus fuerzas y sin intención de retornar; ni de machacar el contenido de un bote de Diazepam y tomármelo con un trago y luego irme a la cama tan tranquila; ni de conducir el coche a doscientos kilómetros por hora y luego cerrar los ojos, apretar los dientes y el acelerador cuando veo acercarse un camión de frente y luego soltar el volante y ponerme a tararear una nana.

Porque a mí me asustan la sangre, el dolor, los ruidos fuertes, el filo de los cuchillos, la falta de aire, la velocidad, las alturas, las puntas de las tijeras y los nudos corredizos.

Por eso no tomo el camino más corto. Porque soy una asquerosa cobarde.

Mientras tanto, miro de reojo el reloj de la cocina para ver si veo moverse al minutero sin que él me vea a mí.

Mientras tanto, me queda la escritura; me salva la escritura.

Podría escribir sin problema sobre la imposibilidad de mi cuerpo; sobre la repugnancia de estar sometida a un cuerpo como si fuese una condena. Podría escribir sobre mis estrías; sobre mi mal aliento por las mañanas cuando he bebido la noche anterior; sobre mis ojeras y mis patas de gallo; sobre el olor de la menstruación cada vez más espaciada; sobre la cicatriz de la cesárea como la momia de una lombriz dormida sobre mi vientre, sobre la servidumbre que supone tener un cuerpo con pelos y señales, y con grasa; sobre el deterioro y sobre el desaliento. Podría escribir también sobre el fraude de la juventud y sobre la trampa de la maternidad; sobre el deseo secreto de poder volver a decidir y decidir no haberlos tenido jamás, y sobre el sentimiento de culpa por albergar esos pensamientos supuestamente antinaturales y monstruosos.

Y también podría escribir sobre un deseo truncado por la rutina; sobre el desagrado y el hastío que me provoca sentir el deseo de los hombres —incluido el de mi marido— derramándose sobre mi cuerpo imperfecto como si me estuviesen embadurnando con miel o con brea. Podría escribir páginas enteras sobre la vergüenza de sentir yo misma ese deseo y sobre la vergüenza de masturbarme a media mañana cuando me quedo sola, cuando mi marido está en el trabajo y los niños están en la escuela, y sobre los orgasmos aburridos y burocráticos que me provoco mientras oigo el aspirador tristísimo y la radio más triste aún de la vecina del otro lado del tabique; sobre la vergüenza de verme luego a mí misma estirando la colcha de la cama para que nadie note que he estado sobre ella, como si alguno se fijase en esas cosas alguna vez, y de sentir luego el olor ácido del flujo de mi sexo adherido a las yemas de los dedos cuando me los acerco a la nariz; y de lavármelos luego con rabia antes de disponerme a hacer la comida.

Podría escribir sobre gusanos blancos, gordos y viscosos como fideos que intentan asomarse por los lagrimales de mis ojos.

Podría decir que occidente es un televisor con miles de canales en los que solo emiten publicidad.

Podría escribir sobre aplastar un pajarillo con la mano. Sobre la fruición de sentir el crujido de sus huesecillos como quien aplasta las burbujas de los plásticos de burbujas. Hay que ser muy cruel para hacer eso —pienso—, pero en realidad no soy tan mala, solo que no puedo controlar mis pensamientos. En realidad nunca haría algo así; tan solo lo escribiría; porque escribirlo sí que puedo. Por eso digo que la escritura me salva.

Podría escribir sobre todo eso; son temas muy socorridos, muy literarios, pero, ¿para qué?; ¿para quién? ¿No alimentamos todos miserias parecidas como si fuesen mascotas malcriadas?

Como le digo, puede dejar de leer este relato ahora mismo y descartarlo; tirarlo a la basura sin acabar su lectura. En realidad lo redacto para combatir el aburrimiento o algo parecido al aburrimiento pero que no tiene nombre y que está entre el vacío y la desesperanza.

Se lo digo en serio; este relato —si es que se le puede llamar «relato»— no tiene ninguna posibilidad de ganar el certamen; no cuenta ninguna historia; no hay planteamiento, nudo y desenlace; no hay diálogos ni trama, ni nada de lo que se supone que tendría que tener un relato y que enseñan en los talleres de escritura creativa; lo que me enseñaban un día tras otros durante años hasta que me di cuenta de que ya no aprendía nada; de que si seguía yendo era por quitarme de mi casa durante una tarde y por tomarme un *gin-tonic* antes de volver. Esto es tan solo la digresión de un ama de casa desquiciada, así que para qué perder más tiempo.

Demasiado tiene usted encima como para tener que aguantar tonterías. ¿Cuántos relatos se tiene que leer?; ¿doscientos, cuatrocientos? ¿Y cuántos lleva ya leídos? ¿Le pagan algo? La verdad es que le compadezco. No me gustaría a mí estar en su pellejo.

En serio, ¿por qué está usted ahí? ¿Qué méritos ha hecho para que le haya caído ese castigo? ¿Es usted tal vez la bibliotecaria municipal?, ¿el librero? ¿Es profesor de Lengua y Literatura en el instituto?, ¿en la Universidad? ¿Pertenece a un club de lectura y le encantan los poemas de Alejandra Pizarnik y los relatos de Lucia Berlin? ¿Es usted acaso una periodista de la radio local y ha autopublicado un poemario muy alabado? Todas son profesiones y actividades muy dignas, no había por qué meterse en estos berenjenales.

Sea por lo que sea, espero que le paguen algo, y que el día de la deliberación, tras firmar el acta con el fallo, lo inviten a cenar con barra libre de *gin-tonics* con cargo a la tesorería de la organización, porque se lo habrá merecido.

Supongo que estará ya harto de leer relatos aburridos. Supongo que ya habrá leído relatos relamidos y pedantes de alguien que imita a Borges, o relatos que emulan a Cortázar, o incluso a Rulfo si tienen suerte. O relatos de un erotismo contenido, calculados para que exciten pero no escandalicen; algo con algún polvo «presentable» que hermane a autor y a lector en un simulacro de transgresión en el borde de lo tolerable. Un polvo que podría leer la madre del autor sin apenas sonrojarse. O el costumbrista rural, el que contiene —o debería contener— un léxico de aperos en desuso. O el de alguien que adora a Bukowsky y ha escrito un relato de realismo sucio americano aunque viva en Móstoles, o el relato lacrimógeno protagonizado por una huerfanita que no tiene para comprar zapatitos y que pasa mucho mucho frío en el hospicio, o el del autor cuyo único mérito consiste en saber imitar muy bien el español arcaico del Siglo de Oro. Todos ellos son relatos que pueden ganar premios; ya lo creo.

¡Dios, qué pereza! Supongo que se habrá leído ya veinte relatos sobre violencia de género; historias de tipos despreciables que maltratan a sus esposas mientras los vecinos miran para otro lado; cuentos que fueron escritos para participar en un certamen organizado por una Concejalía de Igualdad y que como allí no se comieron nada lo reciclan en este. O el paquete de relatos de temática LGTBI que todos sabemos que ahora juegan con la ventaja de lo políticamente correcto pero que nadie tuvo el coraje de escribir hace veinte años; o relatos que se resuelven desvelando que no son más que los recuerdos de un anciano atacado por el alzheimer o lo mejor de todo, no se lo pierda: el relato infantil de algún despistado y que lleva cinco años dando vueltas a ver si por casualidad cae algo; un cuento que se podría llamar, por ejemplo, *Chispita en el país de los chupasorbetes*.

¿Y Literatura? ¡Ay! ¿Ha encontrado ya algo de Literatura?

Hablo de Literatura de verdad, que para eso habrá notado que lo escribo con mayúscula. Algo escrito por alguien que lleve cuarenta años leyendo en soledad; algo escrito con las tripas; con dolor, tal vez. Algo que le parezca que haya sido escrito expresamente para usted por alguien como usted y que fluye por un túnel secreto que le comunica directamente con los demonios del autor, que usted reconoce como demonios propios y eso le asusta porque no es cómodo mirarse en según qué espejos. Algo que usted mismo habría escrito de haber tenido talento y coraje. Difícil, ¿verdad? Esos relatos escasean. Ojalá encuentre al menos uno; de verdad se lo deseo. Esos hallazgos merecen la pena, y nadie sabe cuántos diamantes hay ocultos en el fango.

No pierda la esperanza, no hay que descartarlo, nunca se sabe. No todos van a ser relatos escritos en serie por cazapremios descreídos que nunca en sus vidas han abierto con ojo crítico un libro pero que saben poner un punto y coma en su sitio y se han aprendido en un taller cuatro trucos para seducir a ciertos jurados.

Hay escritores de verdad por ahí, tal vez en garitas desangeladas de vigilante nocturno, que escriben más o menos bien bajo la luz de un fluorescente que parpadea y mientras su jefe duerme. O escritoras —como esta que suscribe— que les quitan horas al descanso o que escriben mientras sus hijos están en la escuela o cuando ya se han acostado; que escriben en la mesa de la cocina, con la tabla de planchar tras la puerta reclamando la atención y con el único sonido del motor del frigorífico tras ellas mientras los garbanzos se hacen en silencio en la olla exprés.

Ahora que releo lo que escribo, digo *escritora* cuando hablo de mí y me doy cuenta de que es mucha palabra para aplicármela. Sonrío. No me lo tomen en cuenta. Olviden que he escrito esa palabra; o cambien «escritora» por «hija de puta».

Hay gente honesta que intenta hacerlo bien, que nunca llegará a publicar de forma digna, pero que sueña con que ustedes los llamen el día menos pensado y les den la enhorabuena por teléfono con mucha pompa, aunque luego se tengan que gastar la mitad de la dotación del premio en comprarse un traje nuevo y unos zapatos que no se vean demasiado baratos, y en coger un autobús para cruzar medio país para ir a recoger un cheque y una placa, para hacerse luego una foto con el alcalde; una foto que aparecerá el día siguiente en la página web de un periódico local y que ellos, los ganadores, podrán colgar más tarde en sus redes sociales para contribuir al simulacro del éxito; algo que solo va a conseguir provocar la envidia de otros tristes, de otros escritorcillos patéticos como ellos o como yo misma. Gente que esa noche, tras la ceremonia, va a dormir sola en el hostal más barato de esa localidad antes de meterse de nuevo en el autobús de vuelta con su cheque y su placa, sin que nadie vaya a despedirla y sin que nadie recuerde ya la entrega de premios de la noche anterior, y que tal vez va a tener que pedir un día de permiso sin sueldo en su trabajo, o va a tener que pedirle a su cuñada que vaya a buscar a los niños a la escuela y les dé de comer para poder ir a recoger el premio. Y ese éxito efímero estará condenado a ser olvidado por todos menos por ellos mismos. ¿Dónde queda el *glamour*?

No hay *glamour*. El traje tal vez se pueda aprovechar para una boda, y la placa, eso sí, seguirá durante muchos años expuesta en una estantería de un cuarto de estar de clase media, bien a la vista de las visitas, aunque ninguna reparará en ella ni se interesará por la procedencia. «¡Ah, sí! —puede que diga alguien alguna vez—. Tú escribías, ¿verdad?».

 Allí seguirá hasta el día en que los hijos o las nueras tengan que hacer limpieza tras la muerte del autor, y no le den ni un segundo de gracia antes de tirarla a la basura.

Y el relato, aquel que habrá ganado, el que será publicado por los organizadores en un folleto con el programa de las fiestas patronales y junto a una publicidad de un taller mecánico y otra de unas clases de pilates en el gimnasio local, habrá sido ya olvidado por todos hará ya muchos años. Y los folletos seguirán tal vez en cajas semirroídas por ratones, en algún sótano del ayuntamiento, cogiendo humedades, hasta que tras un cambio de equipo de gobierno algún responsable organice una limpieza y los mande a reciclar.

Por qué envío yo este disparate, se preguntarán. Qué estoy buscando, a qué juego. Yo qué sé; yo me pregunto lo mismo. ¿Incomodar? No lo creo; no es fácil hoy en día hacer nada transgresor; la gente tiene ya la piel muy gruesa. Este «relato» no es una provocación, eso lo sé; no soy tan pretenciosa ni tan ingenua; en cualquier caso puede que sea producto de una rabieta o una inofensiva «oda al cinismo», algo circunstancial.

No tiene ninguna posibilidad de ser seleccionado, eso lo sabemos usted y yo. Si ganara, si algún miembro influyente del jurado le encontrara algo y quisiera cometer una heroicidad o un desacato y lo defendiese hasta conseguir aliados, solo conseguirían que alguien le hiciera un comentario al que manda y que este tal vez lo acabe por leer movido por la curiosidad, y que se incomode porque, dirá, no era eso lo que se pretendía convocando el certamen; el dinero es del pueblo, etcétera, y conseguirían que no vuelvan a contar con él —o con usted— como miembro del jurado. Se acabaron las cenas y las dietas y el postureo y la barra libre de *gin-tonics*.

¿Que por qué me he tomado entonces el trabajo de escribirlo, de imprimir varias copias, de gastarme unas monedas en enviarlo junto a una plica, en lugar de enviar un relato bueno y con posibilidades, uno de esos relatos concurseros que igual hasta los tengo?

Yo se lo diré: por lo mismo que compro salmón en el Mercadona, bebo más de lo que sería saludable y me salto las citas de las mamografías.

Nunca hasta ahora había escrito algo con el propósito de presentarlo a un concurso (he dicho «de presentarlo», no «de intentar ganarlo»); esta es la primera vez que lo hago. Sin embargo, siempre he soñado con ser un náufrago. Se puede decir «una náufraga», pero lo que siempre he querido es ser un náufrago. Siempre he soñado con ser un náufrago para poder tirar al mar una botella con un mensaje y pensar que algún día, en algún sitio, tal vez alguien lo encuentre y lo lea.

No hay nada peor —puedo imaginar— que ser un náufrago y no tener una botella a mano.

Eso es lo que me mueve; ya me he quedado tranquila.

Mientras tanto llega el otoño y se me ponen los dientes amarillos y luego se caen; se me ponen las uñas amarillas y luego se caen; se me pone el alma amarilla y luego se cae.

Y aquí estoy ahora como un púgil derrotado con la ceja partida, el ojo hinchado y la nariz sangrante. Con un entrenador dimitido y avergonzado que no sabe dónde esconderse tras haber tirado la toalla. Un boxeador humillado y despreciado por todos en un rincón del ring, oliendo la mugre de la lona que le raspa la mejilla, pero con una sonrisa en su boca magullada, dibujada por la felicidad certera de quien sabe que ya no puede caer más bajo.

Y me divierte pensar que como este relato no ganará, no podrán abrir la plica para saber quién es el náufrago que lo ha escrito y qué vida de mierda lleva, como si la firma del mensaje de la botella estuviese mojada y fuese ilegible. Nunca sabrán de verdad qué me ha movido a realizar este acto absurdo y sin porvenir; si es verdad la historia del náufrago y la botella, o si no soy más que una impostora, otra cazapremios descreída que juega de farol, o si lo hago por aguantar un día más; por no bajar a por otra botella de *whisky* y tomármela poco a poco aprovechando que los niños duermen y que mi marido está abajo en el bar mirando el partido del Madrid, o por no hincharme a pastillas en lugar de tender otra lavadora, o por no pegarme un tiro esta misma noche. Es de noche aquí, claro, pero no tengo pistola ni sabría cómo conseguirla.

Y yo nunca me enteraré de que se ha hecho todas esas preguntas; me lo puedo imaginar pero no lo sabré seguro, pero usted… Usted no podrá olvidar este relato aunque tal vez decida ni comentarlo con el resto de miembros del jurado; sería demasiado incómodo salirse del guion. Y mientras lea el siguiente cuento dentro de cinco minutos —perdón, autor siguiente en la lista, pero la vida es injusta a veces—, mientras lea uno de esos relatitos concurseros con la esperanza de encontrar el diamante en el fango, tendrá la cara seria y seguirá pensando en este texto que ha colado aquí una loca para tocar los cojones, y mirará de reojo hacia el montón de los descartados, pero no para rescatarlo, claro, sino para ponerlo abajo del todo y de esa forma intentar olvidarlo.

O que él lo olvide a usted.